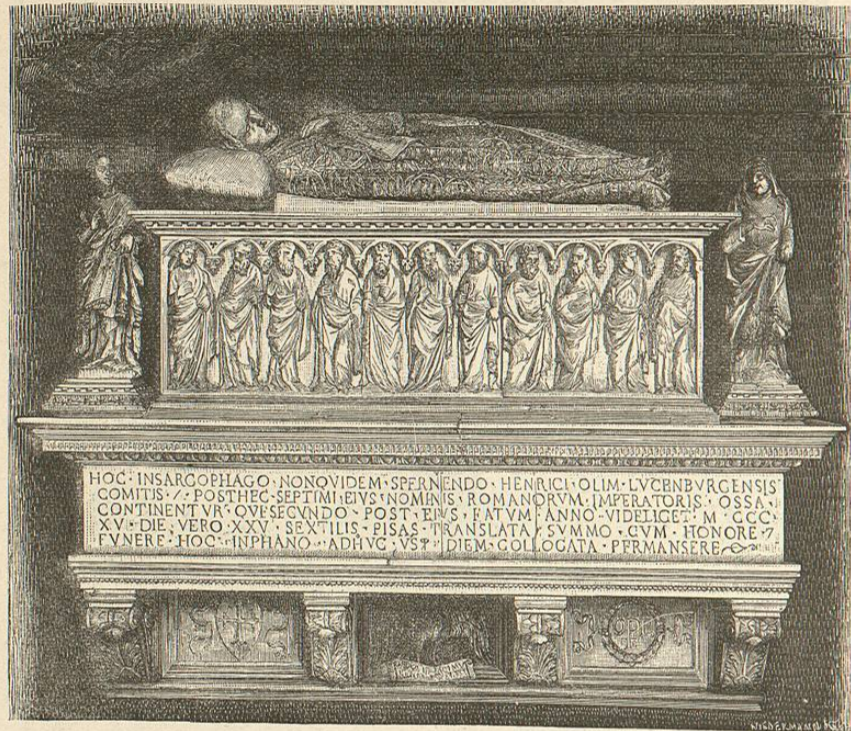


rintia; un poderoso partido que se agrupaba alrededor del último vástago de Przemislao, Isabel, la hermana de Wenceslao III, se levantó para destronar al déspota; pero ante el poderío dinástico del de Carintia se vió obligado á buscar apoyo en el extranjero. A este efecto los partidarios de Isabel ofrecieron al rey alemán para su hijo Juan, niño de catorce años, que acababa de ser nombrado conde de Luxemburgo, la mano de aquella princesa y la corona bohemia. Enrique VII aceptó gozoso la proposición y en virtud de la acusación formulada por los magnates bohemios instruyése, según el derecho del imperio, un proceso contra Enrique de Carintia, á consecuencia del cual se le desposeyó de la Bohemia y de su ducado. Juan fué casado con gran solemnidad y pompa con la última Przemislida, y dirigido por Pedro, arzobispo de Maguncia, y por el experto militar, conde Ber-

toldo de Henneberg, marchó á la conquista de su nuevo reino, conquista que, después de la toma de Praga, quedó muy pronto realizada. Enrique de Carintia, de todos abandonado, se retiró á sus territorios hereditarios.

Por el mismo tiempo en que con tan pocos esfuerzos se creaba en Bohemia el poderío dinástico de los Luxemburgos, destinado á un brillante porvenir, Enrique VII se encontraba camino del Sur para recobrar la soberanía de Italia y conquistar la corona imperial, principal objeto de su política interior y exterior y de la concentración de sus fuerzas. A este objeto obedeció su condescendencia con las pretensiones de los príncipes, á quienes entregó de nuevo las ciudades, á las cuales tan enérgicamente había defendido su antecesor, y cuyo crecimiento contuvo con la prohibición de la ciudadanía de arrabal. Por igual motivo firmó en 1310 con



Sepulchro de Enrique VII, en el campo santo de Pisa.—La inscripción es moderna

Felipe el Hermoso un tratado, sin intentar siquiera reconquistar para el imperio una parte por lo menos del territorio areláico que quedó en poder de los franceses, los cuales acababan de apoderarse de Lyon. Pero á pesar de todos estos sacrificios, el imperio, como tal, no se asoció á la política imperial de Enrique VII, cuya expedición al Sur revistió, por lo mismo, un carácter de empresa particular. En efecto, á excepción de los caballeros ganosos de aventuras que pensaban hacer fortuna en las luchas intestinas que desgarraban la Italia, solo acompañaron á Enrique sus aliados personales; de los príncipes del imperio ninguno fué con él, y el mismo imperio miró con indiferencia sus proyectos y aun con disgusto y sorpresa: hacia mucho tiempo que Italia había perdido sus atractivos para los alemanes.

En la Italia misma faltaban todos los elementos necesarios para el buen éxito de la empresa. La catástrofe de Bonifacio VIII había puesto, con Clemente V, al pontificado en manos de los reyes franceses, quedando con ello destruido el último débil apoyo del antiguo orden de cosas. En Roma luchaban encarnizadamente las dos poderosas familias de los Orsini y de los Colonna: la funesta contienda entre güelfos y gibelinos destruía al pueblo y el territorio. Mientras los gibelinos, á cuyo frente, desde las Vísperas Si-

cilianas y la feliz terminación de la guerra de independencia de Sicilia, se encontraban los reyes aragoneses de la hermosa isla, saludaron llenos de júbilo á Enrique VII, animados por la esperanza de que con su auxilio podrían obtener una victoria definitiva sobre sus enemigos, los güelfos se agrupaban alrededor de los Anjou de Nápoles, los cuales, para el caso de tener que defenderse de un ataque de Alemania, y á pesar del tratado poco hacia firmado entre Enrique VII y Felipe IV, creían poder contar con la ayuda de Francia. Las ciudades,—especialmente Milan y Cremona en la Lombardia y Florencia (que se dejaba llevar por el partido dominante) en Toscana,—desplegaron gran actividad contra los alemanes. Sin embargo, no había que esperar de los gibelinos una adhesión incondicional y una abnegación dispuesta á llegar hasta el sacrificio: Dante Alighieri estaba solo en su entusiasmo por «el enviado de Dios encargado de restaurar el imperio,» de quien esperaba que resucitaria y ennoblecería á su oprimida y destruida patria. Por regla general, los gibelinos creían que podrían servirse de las fuerzas alemanas, por cuya razón no ocultaron su desencanto cuando vieron que las tales fuerzas eran tan poco numerosas. En efecto, Enrique, en vez de presentarse como soberano que manda, que exige obediencia y que castiga á los desobedientes,

vió obligado á desempeñar el papel de mediador diplomático, de árbitro que aconseja la paz y la reconciliación, papel que, dado el estado de cosas de Italia en aquel tiempo, era insostenible en un período largo, y además de no ofrecer esperanza ninguna de éxito debía tener por resultado que el que lo representara se indispusiese al cabo con las dos partes. Así, esta última é inoportuna expedición del luxemburgués á Roma fracasó por completo, y en vez de dar por resultado la conquista de Italia, lo que hizo fué aumentar el desorden que en esta nación existía; en vez de restablecer la soberanía alemana, quedaron destruidos sus últimos restos, y en vez de reanimar al imperio, acabó de consumir su ruina.

La afectuosa acogida que se dispensó á Enrique, en Turin especialmente, cuando procedente de Lausana llegó al Piemonte, le hizo esperar un éxito favorable; pero este recibimiento y los posteriores triunfos fueron falaces, pues muy pronto se disipó el primer entusiasmo de los gibelinos. Ya en Milan, á donde llegó Enrique el día de Navidad de 1310, se vió lo inseguro del suelo que pisaba. Apenas había el rey reconciliado, con cierto aparato teatral, á Guido della Torre, que mandaba en la capital lombarda, con su mortal enemigo Visconti, cuando los dos conspiraron contra la renovada dominación alemana: los Visconti llevaban en esta conspiración, según parece, la páfida intención de dejar abandonado en el momento decisivo á su nuevo aliado Guido, con lo cual pensaban conseguir que el rey encolerizado les libertara para siempre de este rival. Este plan fracasó, pues si bien la rebelión de los della Torre fué rápidamente dominada, sus palacios destruidos, su familia desterrada y sus cómplices severamente castigados, los Visconti no obtuvieron la recompensa que esperaban. Las ciudades que habían seguido el ejemplo de Milan se apresuraron á someterse nuevamente al rey: únicamente Cremona se resistió durante mucho tiempo, pero en definitiva fué sojuzgada y castigada con la demolición de sus fortificaciones, con la confiscación de sus territorios, con la pérdida de sus privilegios y con la imposición de una crecida multa. Solo Brescia se negó tenazmente á rendirse: en esta ciudad cifraron sus esperanzas los güelfos de la Lombardia, pues su resistencia impedía al rey llevar á los gibelinos el auxilio que tan desesperadamente imploraban y acudir apresuradamente á Toscana para someter á Florencia. Por espacio de cuatro meses se resistió Brescia, pero por último tuvo que rendirse y sufrir un duro castigo. Horrorizada la oposición, cesó en todas partes, y la Alta Italia quedó sometida al rey alemán, cuya presencia evitó por algún tiempo que de nuevo estallara la antigua apasionada lucha de partidos, solo aparentemente sofocada. Esta pequeña é insegura conquista constituyó el máximum de los triunfos conseguidos por Enrique VII, pues en lo sucesivo su poderío fué decayendo rápidamente. Hasta entonces, sus victorias ninguna ventaja habían reportado al imperio, pues los derechos y los bienes que á éste por ellas correspondían los poseían los caudillos del partido gibelino, que si bien se llamaban vicarios del imperio, de hecho eran soberanos independientes, como los Visconti en Milan y los della Scala en Verona. Estos aventureros no se consideraban aun bastante satisfechos, lo cual no impedía que los güelfos estuvieran indignados. Enrique con su política de buena fe, pero poco clara, no podía establecer ni menos conservar la paz en aquel país y en aquel pueblo, siendo de temer que apenas se alejara de Lombardia se viniera abajo el orden de cosas por él establecido. Sin embargo, no era suficientemente fuerte para abrirse paso por medio de las armas hacia Toscana; así es que se embarcó en las costas genovesas dirigiéndose á Pisa, á donde llegó en febrero de 1312. Pero en vez de po-

nerse al frente de los gibelinos toscanos, como éstos deseaban, para derrotar á los güelfos apoyados por los Anjou de Nápoles, se dirigió precipitadamente á Roma para asegurarse la corona imperial. El éxito entonces conseguido fué también mediano, pues si bien entró en aquella ciudad, no pudo apoderarse de los puntos que en ella tenían ocupados los güelfos y los napolitanos: San Pedro fué uno de éstos, así es que el rey, para no perder mas tiempo miserablemente y para no exponer á su ejército á los peligros de la estación que iba avanzando, se contentó, por mas que le doliera, con ser coronado, en 29 de junio de 1312, en San Juan de Letran, en vez de serlo en el sitio de costumbre, recibiendo la corona imperial de manos de un cardenal que había recibido del Papa plenos poderes para ello. Antes, sin embargo, tuvo que renunciar expresamente á todo derecho de soberanía en los Estados de la Iglesia. ¿Qué importancia podía pretender un imperio así constituido? La intención de Enrique VII no había sido conquistar simplemente un título. Por poco práctica que fuese su política, no era tan inconsecuente ni tan fundada en simples ilusiones que pudiera contentarse con las ceremonias de la coronación renunciando á todas sus consecuencias políticas. Pero en el momento en que, contradiciendo por necesidad sus anteriores promesas, tratara de ejercitar derechos imperiales dentro de los Estados de la Iglesia, debía tener en contra suya á Clemente V, que hasta entonces se había mantenido en una reserva expectante, y cuando Roberto, rey de Nápoles, se viera amenazado, los güelfos de la Alta Italia se considerarían relevados de sus deberes. Todo esto era absolutamente inseparable de cualquier política imperialista seria, y ponía término á la política de conciliación y de mediación que, con tan poco éxito, había procurado seguir Enrique. El emperador, so pena de renunciar á todo, tuvo que arrojarse en brazos de los gibelinos, durante mucho tiempo descontentos de su conducta.

Con esto comenzó la última etapa de esta fracasada empresa. En vano el emperador luchó con suerte varia contra los güelfos de Toscana, pues si bien consiguió algunas victorias aisladas, éstas en nada mejoraron su situación: Florencia no pudo ser dominada, y la falta de un triunfo decisivo, y la tregua que con ello experimentó el esperado desenvolvimiento del renovado poderío imperial, dieron nuevos alientos á los güelfos de la Alta Italia, haciéndose allí cada vez mas difícil la situación de Mateo Visconti y la del conde Werner de Homberg. En la primavera de 1313 preparóse Enrique para un golpe decisivo. Las ciudades güelfas de Florencia, Pavia, Padua, Asti, etc., fueron proscritas; igual sentencia se dictó contra el rey Roberto de Nápoles, contra quien previamente Enrique había hecho alianza con Fadrique de Sicilia. Era, pues, inminente una guerra general, y á todo esto en el imperio, al otro lado de los Alpes, nadie pensaba en enviar auxilios. En cambio la curia, en parte por ser consecuente con la política seguida contra los Staufen, en parte cediendo á la presión que Francia ejercía á favor del Anjou de Nápoles, abrazó abiertamente el partido contrario al emperador y prohibió á éste, bajo pena de excomunión, que atacara á Roberto de Nápoles, vasallo y protegido de la Iglesia.

Las fuerzas de Enrique estaban quebrantadas, y consumiéndose en incesante actividad; parecía como que hubiese llegado á convencerse de la completa inutilidad de sus esfuerzos. Presa de sufrimientos, extenuado por la fiebre, la impaciencia le empujaba hacia adelante, cual si presintiera su próximo fin. A principios de agosto, es decir, en pleno verano, salió de Pisa decidido á marchar directamente sobre Roma para, una vez allí, conseguir algo definitivo; pero su ataque sobre Siena fracasó: padeciendo horriblemente, el em-

perador fué conducido al inmediato Buonconvento, donde falleció (24 de agosto de 1313) á consecuencia de los esfuerzos extraordinarios que habia hecho y de los desengaños que habia experimentado. Enrique fué un hombre noble y caballeroso, pero desconocedor de su tiempo, y desconocido á su vez por éste como representante de ideas caducas; sus proyectos fracasaron por completo á consecuencia de la con-

tradiccion que habia entre el tiempo pasado, en el cual vivia espiritualmente, y el presente, de todo punto distinto. A pesar de sus miras elevadas y de su buena voluntad, sus actos fueron funestos: el imperio que habia querido restaurar se habia hundido por completo, su restauracion en el porvenir era ya imposible; Italia y Alemania corrian á su ruina á pasos agigantados.

LIBRO SEGUNDO

LA ÉPOCA DEL PAPA JUAN XXII, DE LUIS EL BÁVARO Y DE EDUARDO III

(1313-1388)

CAPITULO PRIMERO

LA CONTIENDA POR EL TRONO DE ALEMANIA Y LUCHA DE LUIS EL BÁVARO CON EL PAPADO DE AVIÑON

(1313-1347)

La política de Enrique VII se debió á su desconocimiento de la época y de las circunstancias á que habia dado origen; porque para renovar el imperio faltaban entonces, atendida la corriente intelectual dominante, todas las condiciones exteriores é interiores. Los papas residentes en la lujosa Aviñon no eran, en el fondo, mas que obispos de cámara de los reyes de Francia, y el papado antiguo habia cesado de existir. Ni el papado podia seguir la órbita de un Inocencio III, ni el rey de Alemania la política de los Otones y Staufen, porque la tentativa que hizo el de Luxemburgo para volver á las antiguas relaciones entre el imperio y el papado, y de consiguiente entre Alemania é Italia, habia resultado fatal para ambos, engendrando nuevas contiendas y enconando los ánimos mas que nunca, allí donde podrian haber vivido unos y otros en paz como buenos vecinos, conforme se acababa de experimentar. En vez de esto, los guelfos, para defenderse contra aquella política trasnochada, trataron en adelante de influir en los asuntos interiores de Alemania á fin de impedir que este país llegase á formar una monarquía sólida, unida y nacional. Los actores principales ó jefes de esta política fueron los Anjou de Nápoles, que apoyados en Francia y con el auxilio del pontificado hicieron pagar caros á la Alemania los errores de Enrique VII. La nueva lucha entre el Estado y la Iglesia, que llenó la primera mitad del siglo XIV, no giró como antes alrededor de principios, eclesiásticos ó políticos, sino que fué provocada por la Iglesia, de acuerdo con Francia y Nápoles, para quitar á los reyes de Alemania la posibilidad de seguir una política imperial y preservar á la Italia de toda ingerencia de sus vecinos del Norte que antes habian sido sus amos. Por este lado no tuvieron los gibelinos ya nada que buscar en adelante.

En el sentido de esta política encargó el rey Roberto de Nápoles á su embajador cerca del papa Clemente V, que impidiera ante todo la eleccion de un nuevo rey de Alemania y negara en todo caso al rey electo la corona imperial. De acuerdo con esta política, nombró el Papa al rey de Ná-

poles vicario imperial de Italia, el cual permaneció largo tiempo en Aviñon, lejos de su reino. Aviñon era el centro de todas las intrigas puestas en juego contra la Alemania, y Roberto continuó allí para ejercer, de acuerdo con sus parientes franceses, la influencia mas enérgica sobre la curia en el sentido mas hostil al imperio alemán. El éxito fué completo. En Italia se deshizo la débil union entre los gibelinos, que Enrique VII con tanto trabajo habia conseguido, y solo los grandes potentados de este partido pudieron sostenerse haciendo los mayores esfuerzos contra el empuje de los animosos guelfos, seguros de su victoria. Las ventajas que habian alcanzado los gibelinos toscanos en los años 1315 y 1318 tampoco pudieron fructificar, porque les faltó el auxilio de Alemania. La Alemania fué teatro de una nueva contienda por la corona real; la guerra intestina duró años, y dió lugar á un nuevo conflicto con el papado. Este fué el desquite que tomaron los guelfos de la imprudente expedicion de Enrique VII á Roma.

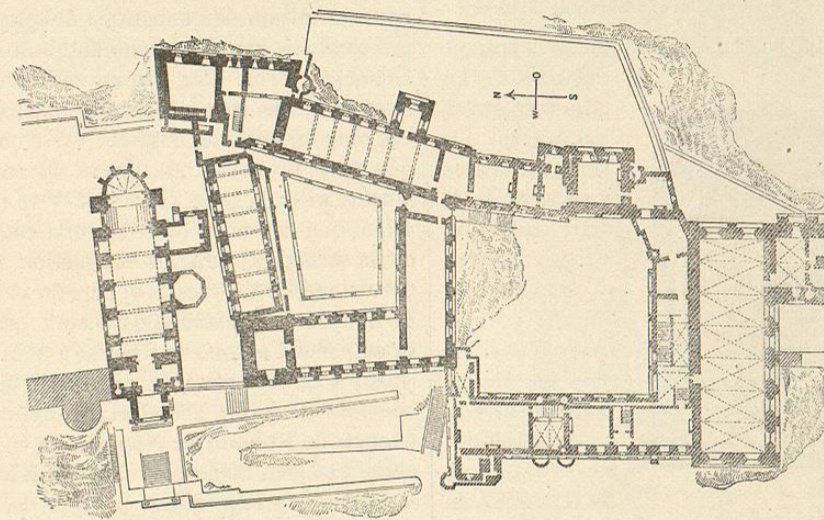
Muerto el luxemburgués súbitamente, los Habsburgos creyeron que habia llegado el momento de indemnizarse de los dos pesados desengaños que habian sufrido. Apoyábanles los príncipes electores: el arzobispo de Colonia, el conde del palatinado rhiniano y el duque Rodulfo de Sajonia-Wittenberg, y además Enrique de Carintia, el cual, á cambio del voto electoral de Bohemia, que pretendia corresponderle para la eleccion de rey de Alemania, se lisonjeaba de conseguir el apoyo de los Habsburgos, sus antiguos enemigos, contra Juan de Bohemia, su sucesor.

Los adversarios de los Habsburgos no pudieron presentar ningun candidato de la familia que últimamente habia ocupado el trono, porque el rey Juan era demasiado jóven para el caso. En esta situacion, guiados por Pedro de Maguncia y Balduino de Tréveris, buscaron un candidato entre los demás enemigos de la casa de Habsburgo. Entre éstos ocupaba desde muchos años antes el primer puesto el duque Luis de la Baviera alta, que habia mantenido una guerra sañuda con los Habsburgos con motivo de la tutela de los jóvenes duques de la Baviera baja, que entre ambas partes se disputaban. Decidió, pues, el partido contrario á los Habsburgos poner en escena al bávaro, ya que la casa de Luxemburgo no contaba á la sazón con ningun personaje á propósito. Hízose una tentativa de arreglo amistoso, pero fracasó;

tampoco era posible emplear el procedimiento usado en la eleccion de Enrique VII y antes en la de Adolfo de Nassau con el objeto de lograr unanimidad de votos aunque á costa de sacrificios enormes, porque los electores eclesiásticos estaban divididos. Otra vez quedó demostrado que la limitacion del derecho electoral á una clase poco numerosa no era garantía para una eleccion unánime. Ambos bandos procuraron observar escrupulosamente en la eleccion cuanto segun el uso que se habia ido estableciendo en el transcurso del tiempo se consideraba necesario para dar validez al acto, ya que cada bando iba á proceder á él separadamente. Observaron, pues, todo cuanto se habia practicado en la última eleccion, ó sea en la de Enrique VII, porque estas formalidades nimias tenian para los alemanes entonces mas importancia, conforme á sus ideas de legalidad, que el derecho electoral de las personas que lo ejercitaban. Casi simultáneamente efectuó cada bando su eleccion, el uno en Francfort

y el otro en Sachsenhausen, observando ambos las mismas formalidades y pretendiendo cada uno completa legitimidad.

El 19 de octubre de 1313 el duque de Austria Federico el Hermoso fué elegido rey de Alemania en Sachsenhausen por los electores de Colonia, del Palatinado y de Sajonia-Wittenberg y por Enrique de Carintia. Al dia siguiente eligieron por su parte en Francfort á Luis de la Baviera alta los príncipes electores de Maguncia, Tréveris, Sajonia-Lauenburgo, Brandeburgo y Juan de Bohemia. En la eleccion de Sachsenhausen fueron legítimos sin la menor duda los votos de Colonia y del Palatinado, y en la de Francfort los de Tréveris y Maguncia, y posteriormente el de Brandeburgo, que pertenecia á los dos Hohenzollern, recibió toda su legitimidad con la declaracion expresa de Waldemaro de su adhesion al voto de su hermano. En el otro bando habia sido dado el voto correspondiente á Sajonia por el duque de Sajonia-Wittenberg, jefe de la rama menor, en representacion del



Plano del palacio de los Papas en Aviñon

duque de Sajonia-Lauenburgo, jefe de la rama mayor, al cual pertenecia el voto, pero que era menor de edad. Ilegítimo á todas luces era el voto correspondiente á la corona de Bohemia, emitido por Enrique de Carintia, que jamás habia sido reconocido rey de Bohemia ni mucho menos por los Habsburgos; y si éstos á la sazón lo admitian, lo cual equivalia á reconocer al de Carintia como tal rey de Bohemia y á negarlo á Juan, que hasta entonces habia sido reconocido como legítimo, era demasiado visible el objeto de tan repentino cambio. En resumen, solo eran rigurosamente legítimos los votos que los electores del Palatinado y de Colonia habian dado á Federico de Austria, mientras el duque Luis de Baviera habia recibido cuatro votos, de los cuales ninguno podia ser impugnado seriamente. Agregábase á esto que el bando del Habsburgo no habia observado en la eleccion rigurosamente todas las formalidades consagradas por el uso porque no habia celebrado la eleccion en la iglesia de San Bartolomé de Francfort, por haberse instalado ya allí el bando contrario. Pudo objetarse á la coronacion de Luis de Baviera, que si bien habia sido coronado en Aquisgran, como de costumbre, habia efectuado la ceremonia el arzobispo de Maguncia, al cual no correspondia. Mas si el competidor, Federico de Austria, habia sido coronado por el arzobispo de Colonia, al cual correspondia este honor, en cambio no se habia verificado el acto en Aquisgran sino en Bonn.

Imposible decidir cuál de las dos elecciones era enteramente legítima, pues las dos daban lugar á impugnaciones, y despues, ¿á quién incumbia resolver como juez esta cuestion?

Cuando la eleccion de Ricardo de Cornwall y de Alfonso de Castilla, habia acudido el primero al papa Urbano IV como árbitro, pero este recurso no era posible á la sazón porque el papado habia cambiado de posicion. Segun una opinion, estaba indicado para ser árbitro el conde del Palatinado como señor y juez natural del rey Luis, pero como el conde habia tomado parte en la cuestion en favor de Federico, no era posible invocarle como juez. Así, por desgracia de Alemania, no quedó otra salida mas que decidir la cuestion por medio de la guerra civil, la cual asoló el imperio, principalmente el Mediodía, durante ocho años, porque los partidarios de ambos bandos tuvieron que dividir sus fuerzas atendiendo á otras complicaciones; los Habsburgos querian someter á los suizos confederados, á los cuales habia confirmado Enrique VII los privilegios concedidos por Federico II que les garantizaban su independencia. Los suizos, en vista de esto, se pusieron del lado del rey Luis, y en 15 de noviembre de 1315 en la batalla del desfiladero de Morgarten derrotaron á los caballeros de Austria, cubiertos de hierro de los pies á la cabeza. Esta derrota terrible influyó mucho en la marcha de la guerra interior de Alemania, que se extendió hasta Italia, porque ambos reyes, atribuyéndose el cargo de vicarios del imperio, pretendieron ser reconocidos como tales por los potentados italianos y trataron de obtener de algunos el concurso armado. Luis entró en relaciones con los Visconti de Milan, mientras los Scala de Verona tomaron el partido de Federico, que entró tambien en tratos con Roberto de Nápoles y desposó á su hija con el hijo de éste. Esta